

DE BUENAS LETRAS

Nombrar el mundo en silencio: María Moliner y la ética del diccionario

JOSÉ ANTONIO CORDÓN GARCÍA De la Academia de Buenas Letras de Granada

La figura de María Moliner ocupa un lugar singular en la historia cultural del siglo XX español porque obliga a repensar, simultáneamente, la lexicografía como disciplina, el diccionario como artefacto intelectual y la autoría como forma de resistencia silenciosa.

Su 'Diccionario de uso del español' no puede entenderse solo como una obra de consulta: es también el resultado de una biografía atravesada por la exclusión institucional, el repliegue forzado y una ética del trabajo intelectual ejercida al margen de los centros oficiales de legitimación.

Desde sus orígenes, la tradición lexicográfica ha conocido empresas individuales de ambición extrema. La historia del diccionario moderno está jalonada por figuras solitarias —de Sebastián de Covarrubias a Samuel Johnson— que asumieron la tarea de ordenar la lengua como una forma de conocimiento y de poder simbólico. No es casual que esa empresa haya estado acompañada de una ironía persistente: Escaligero proponía castigar a los criminales obligándolos a compilar diccionarios; Johnson se describía como un ganapán inofensivo y condenado al olvido. La anécdota dieciochesca del librero parisino Cognard, quien casaba a una hija cada vez que publicaba una nueva edición del diccionario de Moreri, subraya el contraste entre la utilidad social del diccionario y la precariedad o el azar de sus recompensas.

En ese linaje se inscribe Moliner. Privada de proyección pública y de reconocimiento académico, Moliner encon-

tró en la lengua un territorio donde ejercer una soberanía plena. El diccionario se convirtió en un espacio de orden frente al desgarrar, de claridad frente a la arbitrariedad, de precisión frente al ruido ideológico. En este sentido, su obra establece un vínculo profundo entre ética y lenguaje: definir bien no es solo describir el uso, sino asumir una responsabilidad ante la comunidad de hablantes. Ramón Pérez de Ayala imaginó en 'Belarmino y Apolonio' la fe de quienes creen que el mundo puede reformarse a través de las palabras fijadas en un diccionario.

Andrés Neuman ('Hasta donde empieza a brillar') subraya la potencia simbólica de una mujer nombrando el mundo con autoridad. Sin atribuir al diccionario una esencia de género, su lectura sugiere que el acto de definir puede convertirse en un gesto de restitución para quienes han sido históricamente excluidos del derecho a nombrar.

Reflexionar hoy sobre María Moliner implica pensar el diccionario como algo más que un repertorio normativo. En tiempos de conflicto lingüístico, de vigilancia moral del habla y de disputas por el sentido legítimo de las palabras, su obra recuerda que la lengua es un bien común, pero también un campo de poder. Frente a la consigna y el eufemismo, Moliner apostó por la exactitud; frente a la estridencia, por el trabajo paciente. Esa lección —intelectual y cívica— explica que su diccionario siga vivo y que su figura, por fin, empiece a emerger de la montaña de palabras que ella misma levantó.